



ASAMBLEA DIOCESANA VALLADOLID

Amén.

Corazón de Jesús, haznos dóciles a tu llamada:
Iglesia de Valladolid, sal y anuncia la alegría, en comunión!

Renueva, Señor, a tu Iglesia, para que crezca en ella la participación de todos los bautizados en este Misterio de comunión y misión.

Trinidad Santa, concédenos vivir en comunión contigo, fuente de unidad en la diversidad de dones; comunión entre pastores y fieles, parroquias, asociaciones laicales y vida consagrada.

Esíritu Santo, que sepamos anunciar la alegría del Evangelio como quienes han sido alcanzados por tu misericordia y proclamamos lo que han oído, visto y vivido.

Padre santo, envíanos el Esíritu para salir al encuentro de quienes esperan, dudan o sufren, también de quienes buscan sin saber aún qué buscan.

que envíaste a tus discípulos hasta los confines de la tierra, mira con amor a esta Iglesia de Valladolid, reunida en Asamblea para celebrar la alegría de ser tu Pueblo peregrino, discernir tu voluntad e impulsar la sinodalidad.

Señor Jesucristo, Buen Pastor, que envíaste a tus discípulos hasta los confines de la tierra, mira con amor a esta Iglesia de Valladolid, reunida en Asamblea

Esíritu Santo, que sepamos anunciar la alegría del Evangelio como quienes han sido alcanzados por tu misericordia y proclamamos lo que han oído, visto y vivido.

Padre santo, envíanos el Esíritu para salir al encuentro de quienes esperan, dudan o sufren, también de quienes buscan sin saber aún qué buscan.

Esíritu Santo, que sepamos anunciar la alegría del Evangelio como quienes han sido alcanzados por tu misericordia y proclamamos lo que han oído, visto y vivido.

Renueva, Señor, a tu Iglesia, para que crezca en ella la participación de todos los bautizados en este Misterio de comunión y misión.

Corazón de Jesús, haznos dóciles a tu llamada:
Iglesia de Valladolid, sal y anuncia la alegría, en comunión!

Amén.

ASAMBLEA DIOCESANA VALLADOLID

En comunión

SAL Y ANUNCIA LA ALEGRÍA,

2026 2027

CELEBRAR EL MISTERIO DE LA COMUNIÓN Y LA MISIÓN

Todas las familias se reúnen para celebrar, precisamente, que son una familia. A veces el motivo es un cumpleaños, un nacimiento o la pérdida de uno de sus miembros. Otras veces simplemente se juntan para estar juntos: para encontrarse y reencontrarse, para contarse y recontarse, para fortalecer sus lazos o para repararlos.

El primer objetivo de la Asamblea Diocesana es exactamente ese: encontrarnos como una familia, disfrutar unos de otros y alegrarnos de ser la familia de Dios.

Orar para hacer

Con este salmo en los labios, el pueblo avanza en procesión hacia el templo, lleno de alegría, proclamando que son el rebaño de Dios y que su Pastor es bueno, fiel y misericordioso con ellos.

Salmo; para la acción de gracias.

Aclama al Señor, tierra entera,
servid al Señor con alegría,
entrad en su presencia con vítores.
Sabed que el Señor es Dios:
que él nos hizo y somos suyos,
su pueblo y ovejas de su rebaño.

Entrad por sus puertas con acción de gracias,
por sus atrios con himnos,
dándole gracias y bendiciendo su nombre:
«El Señor es bueno,
su misericordia es eterna,
su fidelidad por todas las edades». Salmo 99

La palabra de Dios ilumina nuestro quehacer

La alegría, la alabanza y la acción de gracias por la fidelidad y la misericordia de Dios nacen del encuentro con el Resucitado, quien nos regala su paz y nos envía al mundo en su Nombre.

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Juan 20,19-23).

Como María, imagen y figura de la Iglesia, la Iglesia de Valladolid también está invitada a la alegría, porque Dios está con nosotros y nos convoca.

El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lucas 1,28).

La Iglesia nace en la Eucaristía y tiene como horizonte la misma Eucaristía. En la pequeña aldea de Emaús, dos discípulos, cansados y decepcionados, dieron acogida a un desconocido; y, al partir el pan, reconocieron al mismo Jesús resucitado. Llenos de alegría, regresaron al corazón de la comunidad para compartir su experiencia.

Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «¿Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en

aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan (Lucas 24,28-35).

La tradición de la Iglesia confirma nuestro quehacer

Siempre es bueno recordar lo que nos enseñó el Concilio Vaticano II:

En todo tiempo y en todo pueblo es grato a Dios quien le teme y practica la justicia (Hch10,35). Sin embargo, fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente. (Lumen Gentium 9).

Por eso, el Papa Francisco nos animó a recuperar el gusto espiritual de ser pueblo

Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene, pero allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y se dirige llena de cariño y de ardor hacia todo su pueblo... Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia (Evangelii Gaudium 268).

Nuestro quehacer

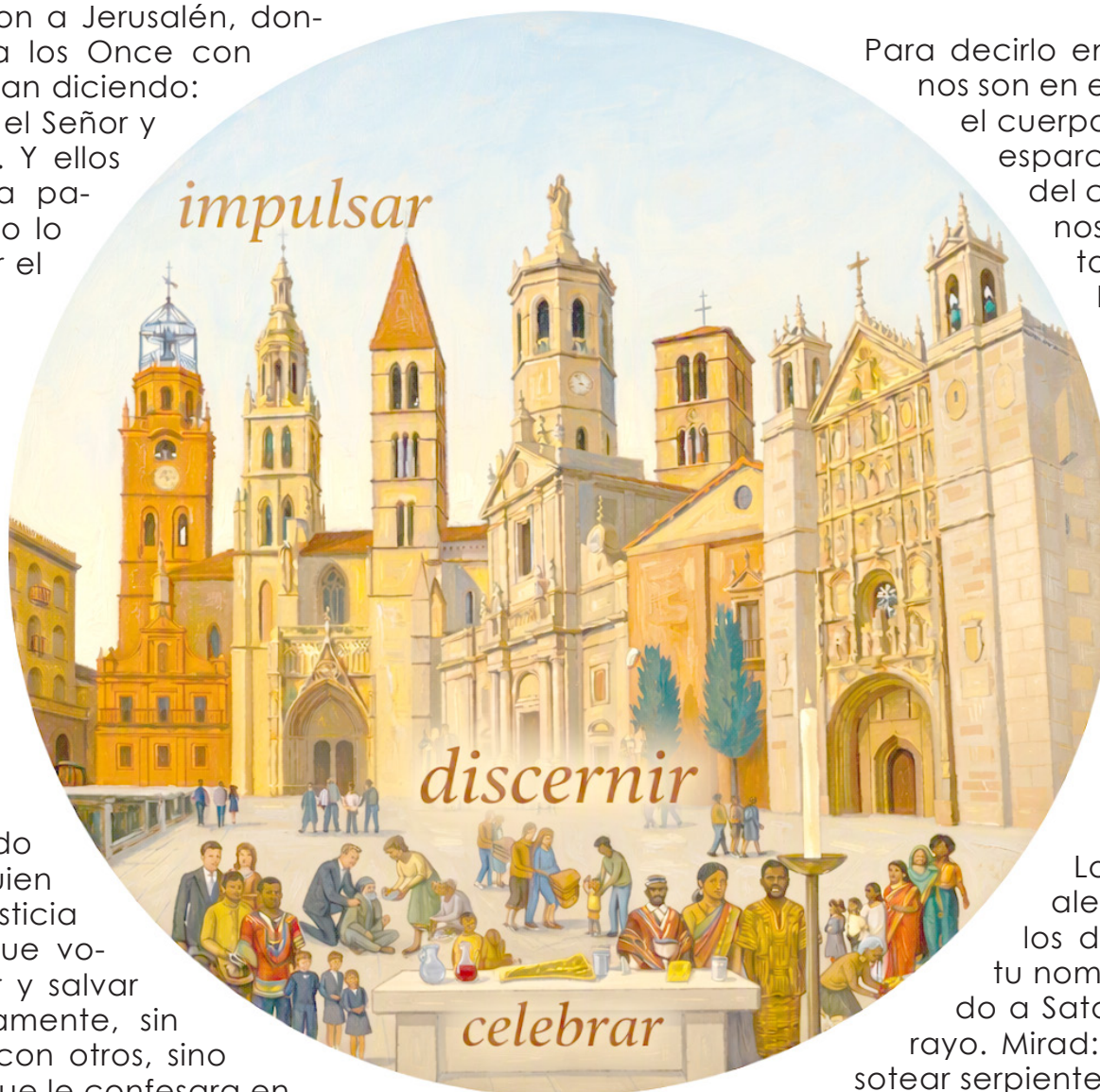
Queremos celebrar que somos el pueblo de Dios que peregrina en Valladolid convocado por el Señor para ser signo de esperanza en nuestra tierra.

Es un gran signo de esperanza — sobre todo en nuestros días, atravesados por tantos conflictos y guerras — saber que la Iglesia es un pueblo en el que conviven, en la fuerza de la fe, mujeres y hombres de distinta nacionalidad, lengua o cultura: es un signo puesto en el corazón mismo de la humanidad, llamada y profecía de esa unidad y de esa paz a la que Dios Padre llama a todos sus hijos. (Audiencia de León XIV 11 marzo 2026)

Esta idea del Papa León nos evoca un texto muy antiguo de los primeros tiempos del cristianismo: La carta a Diogneto. Es largo, pero precioso, leámoslo con calma.

«Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho.

Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes... Los judíos los combaten como a extraños y los gentiles los persiguen, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad.



impulsar

discernir

celebrar

Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo».

Queremos renovar la alegría de ser enviados a evangelizar en este tiempo y en esta tierra, rebosantes de gratitud por el don recibido y por la misión encomendada. Es la alegre tarea de toda la Iglesia, representada en estos setenta y dos discípulos que Jesús envió a la misión del mismo modo que antes había enviado a los Doce.

Los setenta y dos volvieron con alegría diciendo: «Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre». Él les dijo: «Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad: os he dado el poder de pisotear serpientes y escorpiones y todo poder del enemigo, y nada os hará daño alguno. Sin embargo, no estéis alegres porque se os someten los espíritus;

estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo». En aquella hora, se llenó de alegría en el Espíritu Santo y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar». (Lucas 10,17-22).

Para pensar

¿Qué alegría de ser Iglesia te gustaría vivir y celebrar junto a toda la diócesis?

¿Qué experiencia de encuentro con Cristo nos anima a caminar juntos?

¿Dónde percibes la alegría de pertenecer a la Iglesia? ¿Podría la asamblea encender esa alegría?

Orar tras hacer

En el camino, el pueblo ha hecho la experiencia de convivir y caminar juntos: ¡Una dulzura, una delicia! Como el aceite que conforta y perfuma los cuerpos o el rocío que baja de la montaña y da vida al valle

Canción de las subidas. De David.

Ved qué dulzura, qué delicia,
convivir los hermanos unidos.

Es ungüento precioso en la cabeza,
que va bajando por la barba,
que baja por la barba de Aarón,
hasta la franja de su ornamento.

Es rocío del Hermón, que va bajando
sobre el monte Sión.
Porque allí manda el Señor la bendición:
la vida para siempre. (Salmo 132)